

Editorial

Más de una vez hemos intentado, desde las páginas de esta revista, reflexionar sobre el educador y sobre su misión original dentro de la escuela cristiana. Nos acercamos de nuevo a indagar el qué y cómo del maestro que afronta hoy, pensamos que inevitablemente urgido por acontecimientos de todo tipo, un nuevo modo de ser educador en relación con la institución educativa a la que pertenece. Y si esta institución se autoproclama "escuela cristiana", necesariamente tiene que su reinserción en la misma revista caracteres peculiares y conlleva nuevas e inevitables exigencias.

● El educador ha vivido épocas en las que su dependencia institucional ha sido ciertamente exagerada. Podríamos afirmar desde su personalidad a sus ideas, pasando por el estilo de sus hábitos... casi todo estaba, si no confiscado, sí realmente limitado y condicionado por la institución. Podemos confesar que gran parte de su función ha sido burocrática y ha estado mediatizada por una estructura fuertemente jerarquizada en la que era "fácil" sentirse maestro gracias al apoyo o a la fuerza que propiciaba la institución. Hoy, la escuela ha de enfrentarse con una situación nueva. Cuando el educador —cuestionando lo que de sujeción a una disciplina o a unas normas se ha dado en su trabajo o superando lo que de "tradicional" ha existido en su misión— se plantea radicalmente el qué o el para qué de su tarea educadora, descubre en su relación con la institución una serie de situaciones que se le presentan como problemas a resolver y como alternativas entre las que inevitablemente optar:

- piensa el educador en la relación conflictiva, crítica y creativa entre sociedad y cultura; entre sociedad que impone una cultura dominante y la cultura como tarea de creación;
- mide de manera inquietante su posición entre la fidelidad al sometimiento a una estructura como "soporte de acción", y la creatividad como "base de proyecto";

— le preocupa su ineludible opción entre el fixismo institucional o la búsqueda creativa; entre el ejercicio de una autoridad participada y la práctica de un difícil y nuevo liderazgo; entre su modo tradicional de entender la relación educativa y un sincero deseo de relaciones basadas en la confianza total en la persona, en la comunicación y en el diálogo...

● Y si en esta institución educativa a la que pertenece el educador existe una preocupación por educar en cristiano, por el cultivo y el de desarrollo de la fe de los muchachos-alumnos, la novedad de su vivencia cristiana y la responsabilidad de su conciencia de creyente le exigirán una nueva toma de postura ante la institución. Pero su nuevo modo de ser creyente —y, sobre todo, educador de creyentes— le llevará de manera ineludible no sólo a cuestionar aspectos y situaciones en la relación fe-institución educativa cristiana, sino a desbordar el hecho institucional y a replantearse los grandes temas en los que la fe se hace hoy interrogante, o los nuevos modos de acceder a la fe desde la expresión cultural de nuestros días. El educador cristiano ha de vivir en una permanente crítica de una cultura en búsqueda creadora y en una cierta distancia respecto de lo creado. Así, la vivencia de esta triple actitud le hará rebasar lo anecdótico, rutinario o tradicional de su misión para llegar a encontrarse con las exigencias y las llamadas de la fe y de los creyentes en un acto educativo y cristiano.

● A nuestra preocupación por el maestro cristiano no es ajeno el profesor seglar. El maestro seglar es hoy un elemento fundamental, un factor imprescindible de la escuela cristiana, y no tan sólo por razones numéricas. Su tradicional dependencia de una institución religioso-docente y la aceptación más o menos consciente y libre de unos objetivos y directrices cristianos, ha sido causa de un cierto *modus vivendi* ajeno, con frecuencia, a un serio, radical y profundo replanteamiento de su vocación de educador cristiano.

El maestro seglar vive hoy una efervescencia de problemas sociales y políticos, una inquietante toma de conciencia ante ciertos valores culturales y educacionales nuevos y una creciente y no siempre bien definida “profesionalización”. Por otra parte, el maestro seglar vive la urgencia del protagonismo, de la acción directa, sin intermediarios —o, al menos, sin los intermediarios tradicionales: la propia institución— El maestro seglar vive, también, con el deseo de una nueva conciencia cristiana y con la preocupación por ser hombre comprometido con su tiempo y con una misión para la que necesita estar más y mejor preparado.

¿Cómo lograr que de “colaborador” pase a ser auténtico actor, protagonista de una escuela en la que cree y por la que ha dado, quizá,

muchos años de su vida? ¿Cómo lograr que su vocación cristiana —magisterio— para los que la sienten— no se vea truncada por la institución docente demasiado celosa e intransigente con sus supuestos de cristianismo tradicional... o demasiado despreocupada por definirse en la radicalidad de su compromiso con un nuevo modelo de educación desde lo original cristiano? ¿Cómo iniciar una nueva etapa en la que sus intereses personales y familiares, su opción política o su clara militancia sindical —plataforma de reivindicaciones “ajenas” al hecho educativo cristiano, según algunos— no constituya un obstáculo para una vivencia profunda de su fe, a una voluntad decidida de participación y a un protagonismo cristiano en la escuela? Son éstas cuestiones que la institución escolar cristiana debe afrontar con valentía e intentar iluminar con el ánimo dispuesto al diálogo amplio, sereno, enriquecedor.

● Pero es que, por otro lado, el maestro cristiano que busca el que ha de plantearse su propia misión educativa cristiana fuera de un catolicismo oficial inevitablemente vinculado a su propia tradición o de una institución cristiana a la que prestaba su conformidad más o menos tácito... es algo que está por hacer. ¿Dónde están los lugares de formación de este magisterio plenamente identificados con su tiempo y con su cultura, y al mismo tiempo con una profunda vocación por la educación en cristiano?

Creemos que, en este punto, alguien ha de llevar, cuanto antes, la iniciativa. Y, ante la fuerza creciente de grupos políticos o de corrientes educativas cuya opción es claramente militante, la Iglesia debe descuidar algo que puede ser medio adecuado para el ejercicio de su preocupación por el magisterio cristiano. Nos referimos a las Escuelas Universitarias de Formación del Profesorado, los lugares en los que se inicie esa forma nueva de ser educador, en los que se intente el diálogo de la cultura de hoy con la fe de siempre; donde ser maestro cristiano signifique comprometerse con inteligencia iluminada y con corazón generoso a hacer posible un nuevo acceso a la cultura sin renunciar a la fe y un modo nuevo de vivir la fe ahondando lúcida y comprometidamente en la cultura.

A esto dedicamos el presente número de nuestra revista con el deseo de que surja el maestro cristiano que necesita la escuela cristiana de hoy y de mañana. Pero siendo conscientes de que no debe surgir de improviso, inesperada o milagrosamente, sino como fruto de un esfuerzo común, de una preocupación y de un empeño compartidos responsablemente por quienes, de un modo u otro, están empeñados en la tarea cristiana de educar.

“El hombre cristiano hace presentes y operantes tanto las realidades como las esperanzas cristianas en la enseñanza por el hecho mismo de su ser personal en acto de creyente.” Por supuesto, no por la utilización apologética de sus saberes, ni por la domesticación de la ciencia que implica obligándola a legitimar la historia cristiana o las situaciones de Iglesia; ni menos por la focalización precipitada o violenta de la libertad de sus alumnos hacia las soluciones cristianas.

Cuando un profesor vive su diaria tarea no como un saber que le crea un poder, sino como una capacidad que le obliga a un servicio, entonces lo que transmite ante todo a sus alumnos, sin intentarlo directamente, es una manera de ser hombre en el mundo, aquella forma radical de estar asentado en la vida por la que la propia existencia, el prójimo, los quehaceres y posesiones y todo lo real toma un sentido y se lee en una dirección. El profesor cristiano ha de ser mansamente creyente. Es decir, ha de vivir y respirar su fe con la evidencia de quien no hace de ella un objeto expreso de reflexión o de explicación, sino con la evidencia de quien vive arraigado en ella, de ella vive, en ella se alimenta y desde ella se abre a los demás en el acogimiento, en el respeto y en el servicio.

Olegario GONZÁLEZ DE CARDEDAL,
carta a un profesor amigo